

PHILIP REEVE

# RAIL HEAD

## LA GRAN RED

DESTINO



**PHILIP REEVE**

**RAIL  
LA GRAN RED  
HEAD**

Traducción de Joan Josep Mussarra Roca



CROSSBOOKS

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Railhead*

Publicado por primera vez en inglés en 2015. Esta traducción se publica mediante un acuerdo con Oxford University Press.

© del texto, Philip Reeve, 2015

© de la traducción, Joan Josep Mussarra Roca, 2018

© de la ilustración de cubierta: RM Studio/Shutterstock

Todos los derechos reservados

© Editorial Planeta S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18806-3

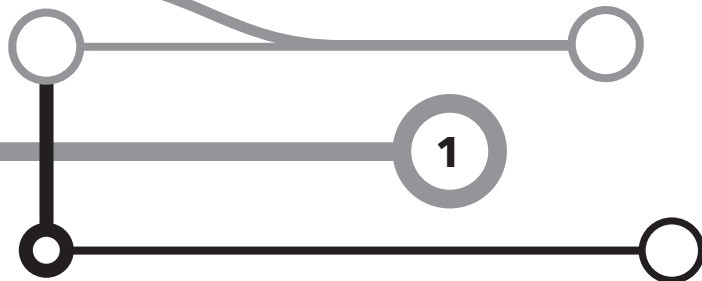
Depósito legal: B. 7.711-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*Escucha...*

Corría por Armonía la primera vez que lo oyó. Primero un sonido débil, pero luego más claro, que se hacía oír a pesar de los ruidos de las calles. En la oscuridad, fuera de la ciudad, sonaba una sirena, solitaria como el canto de las ballenas. Era lo que había estado esperando. El Expreso Interestelar avanzaba con gran estruendo por la línea que procedía de la Intersección Dorada y venía cantando.

Ya tenía una excusa para echarse a correr. Ya no huía tras cometer un delito, tan solo tenía miedo de que se le escapara el tren. ¿Quién era? Zen Estornino, un muchacho delgado y moreno que se marchaba a toda prisa por la calle Armonía con ojos nerviosos y una joya robada en el bolsillo del abrigo y se movía con gracia por los huecos que se abrían y cerraban caprichosamente entre la multitud. Miraba atrás una y otra vez por si conseguía ver al dron que lo perseguía, y entonces las hileras de faroles que colgaban entre los antiguos edificios de cristal le iluminaban el rostro.

¿Cómo podría haber imaginado que la joyera mandaría un dron a perseguirlo? Zen había llegado a pensar que los mercaderes del Bazar de Ambersai no se preocupaban mucho de que les robaran siempre que los ladrones no fueran con demasiada frecuencia a la misma

tienda. Tal vez creyesen que unos pocos hurtos eran un precio justo a cambio de ocupar un puesto en el mayor mercado de las líneas orientales. Hasta donde alcanzaba la memoria, el Bazar había sido siempre un buen terreno de caza para individuos como Zen: jóvenes, audaces y sin escrúpulos. Los héroes canallas de aquella ciudad sin fin y sin ley.

Ambersai era un satélite gigantesco. Giraba alrededor de un planeta que aparecía en su cielo en forma de disco amarillento como un ojo atento que contemplaba el trajín de las calles. Pero no parecía ver a Zen cuando birlaba comida o brazaletes de las tiendas que exponían su mercancía al aire libre. A veces los tenderos se daban cuenta y lo perseguían, le gritaban amenazas y agitaban bastones lathi en el aire. Pero, por lo general, se rendían al cabo de un par de calles, y siempre había multitudes entre las que ocultarse. El Bazar estaba abierto día y noche. No solo los cafés, bares y burdeles, sino también los puestos de los artesanos y vendedores de metales. Ocupaban un distrito entero y comerciaban con materiales de las colonias mineras del espacio profundo. El cinturón de asteroides de Ambersai estaba repleto de metales preciosos, como un collar caro.

Por pura coincidencia, un caro collar era lo único que Zen había robado aquella noche. Lo sentía en el bolsillo. Le golpeaba el muslo cada vez que daba un paso por las mugrientas escaleras que bajaban hacia la estación y hacia el tren que se acercaba.

Por lo general, Zen no era tan ambicioso. Lo máximo que solía llevarse en sus visitas a Ambersai era un par de brazaletes para los tobillos o un pendiente para la nariz. Pero había visto el colgante en el mostrador de la joyera y le había parecido que no podía dejar pasar la oportunidad. La mujer estaba distraída charlando con un cliente que había examinado el collar momentos antes. Quería convencerlo para que comprase otros objetos todavía más caros. El guardia contratado para que vigilase la mercancía estaba viendo deportes, o una tresdé. Se había puesto unos cascos y tenía la mirada vidriosa de las personas que están enfrascadas en un vídeo en *streaming* en el córtex visual.

El cerebro de Zen no llegó a enterarse de lo que planeaban sus dedos. El muchacho ya había agarrado el collar y se lo había metido en el abrigo. Entonces se había vuelto y había tratado de aparentar desenfado mientras desaparecía entre la multitud.

No había dado ni veinte pasos cuando alguien le bloqueó el camino. Zen andaba con la cabeza gacha, y por ello lo primero que vio de la muchacha fueron las botas grandes, el impermeable rojo y el cinturón abrochado en torno a la cintura. Alzó los ojos y trató de intuir el contorno del rostro, medio oculto bajo la capucha. Pensó que tenía cara de niña, pero no pudo permitirse más que una mirada, porque la joyera ya se había dado cuenta del robo, su guardia se había espabilado, había consultado la grabación de seguridad del puesto y visto cómo Zen se llevaba el collar.

—¡Al ladrón! —había chillado la joyera, y el guardia había agarrado un lathi y se había abierto paso entre el gentío hacia Zen.

—¡Ven conmigo! —dijo la chica.

Zen había tratado de pasar de largo. Entonces la muchacha lo había agarrado por el brazo con una fuerza sorprendente. Estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio, pero Zen había logrado liberarse. Oía a sus espaldas los alaridos del guardia, que se acercaba con el lathi en la mano y apartaba a los tenderos que se interponían en su camino.

—¡Zen Estornino! —había gritado la chica del impermeable rojo.

Pero no podía ser. Zen debía de haber entendido mal. ¿Cómo podía saber su nombre? El muchacho no se detuvo y desapareció entre la multitud que se apiñaba en la calle Armonía.

Empezaba a pensar que le había acompañado su suerte de siempre, pero entonces oyó el estrépito de los rotores, se volvió y vio el dron a sus espaldas, suspendido como un abejorro sobre las cabezas de la multitud. Era un vehículo elegante y serio, de aspecto militar. Los reflejos de los neones relucían sobre su caparazón y sus ojos láser brillaban con un fulgor rojo. Zen tuvo la desagradable sensación de que las vainas que llevaba adosadas en su parte inferior contendrían armas. Como mínimo, podría retransmitir su imagen y localización

al banco de datos local, y entonces la policía o los matones de la joyera podrían encontrarlo.

Así pues, convirtió en negro el color azul de su viejo abrigo de fibra inteligente y se abrió paso entre la multitud, pendiente del delicioso sonido de la canción del tren.

La estación de Ambersai: distinguida y con una fachada imponente, como un gran teatro, con el logo «K-Bahn» sobre la entrada en letras de fuego azul. El sonido atronador de los altavoces que recitaban nombres de estaciones. Había polillas y escarabajos monje que se apiñaban en torno a las lámparas. También mendigos, y niños de la calle, y músicos callejeros, y vendedores ambulantes que ofrecían fruta, chai y fideos, y conductores de calesas que regateaban precios. En medio del estruendo y el parloteo se oyó el sonido del tren.

Zen pasó por las barreras de la entrada y corrió por el andén. El Expreso acababa de entrar. Primero la enorme locomotora, una Helden Caramartillo, con su gigantesco armazón recubierto de escamas brillantes de color dorado rojizo. Luego una hilera de ventanas iluminadas y un par de ángeles estacioneros que parpadeaban en los costados del vehículo como arco iris extraviados. Algunos turistas que se encontraban junto a Zen los señalaban y les sacaban fotos que no saldrían bien. Zen mantenía su posición en medio del tumulto de los viajeros de la K-Bahn. Le habría gustado mirar a sus espaldas, pero sabía que no debía, porque eso era lo que esperaba el dron. Quería encontrar un rostro que se volviera, una mirada culpable.

Las puertas se abrieron. El muchacho pasó a codazos entre los pasajeros que salían hasta que él mismo logró meterse dentro del vagón. Sintió un olor dulzón, como si el tren viniese de un planeta donde había llegado la primavera. Zen encontró un asiento junto a una ventana y se sentó en él, con los ojos fijos en sus pies, en el suelo de cerámica, en los estampados de los forros gastados de los asientos,

lo que fuese con tal de no dirigir la vista hacia la ventana, precisamente donde más habría querido mirar.

Sus compañeros de viaje eran personas que iban al trabajo, así como unos pocos mensajeros Motorik. Sus cerebros de androide iban repletos de información para los negocios que se realizarían en otras estaciones de la línea. En los asientos que se hallaban frente a Zen holgazaneaba una pareja de niños ricos: trenkis de K'mbussi, o de Galaghost, guapos como estrellas de tresdé, que dormitaban abrazados. A Zen se le pasó por la cabeza robarles las bolsas al bajar, pero aquella noche parecía que la suerte no lo acompañaba y prefirió no correr riesgos.

El tren se puso en marcha. El movimiento era tan fino que Zen apenas se dio cuenta. De repente, las luces de la Estación de Ambersai quedaron atrás, la vibración de los motores se intensificó, el rítmico golpeteo de las ruedas se aceleró. Zen se arriesgó a echar una mirada por la ventana. En un primer momento le resultó difícil distinguir nada en medio de los reflejos del tren y de las luces de la ciudad que pasaban por su lado. Entonces vio de nuevo al dron. Avanzaba a la misma velocidad que el tren. Las palas de su rotor arrojaban reflejos de luz. Volaba a la altura de la ventana y apuntaba a Zen con un racimo de ojos que parecían de araña, cámaras y a saber qué más.

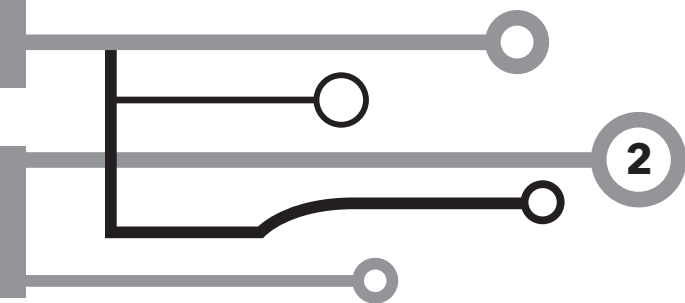
El tren se adentró a toda velocidad en un túnel y entonces Zen ya no pudo ver nada más salvo su propio y flaco reflejo, sus anchos pómulos que se balanceaban al ritmo del vagón, sus ojos grandes y vacíos como los que tienen dibujados las alas de una mariposa nocturna.

El tren aceleró. El fragor creció y creció hasta que, con un estallido silencioso —una especie de *inestallido*—, atravesó el portal-K y todo se volvió familiarmente extraño.

Durante un momento ajeno al tiempo, Zen se encontró fuera del universo. Tuvo la sensación de caer, aunque no hubiera ni arriba ni abajo. Algo que no era exactamente luz centelleó a través de las ventanas por las que no se veía nada...



Entonces se produjo otro inestallido, y el tren salió de otro túnel ordinario y frenó al entrar en otra estación completamente normal. En aquel mundo brillaba la luz del día y la gravedad era más baja. Zen se relajó en el asiento y sonrió. Se imaginó que el dron se habría dado por vencido y habría dado media vuelta dentro del túnel vacío de Ambersai, a mil años de allí.



La K de portal-K es una abreviatura de KH, que a su vez es una abreviatura de *Kwisatz Haderech*, que significa «acortamiento del camino» en uno de los idiomas de la Tierra Antigua. Tan solo los Guardianes saben cómo funciona. Subes a un tren, este pasa por un portal-K y sale en otro planeta donde brilla un sol que hace tan solo un instante era una de las pequeñas estrellas que resplandecían en el cielo. Tardaríamos diez mil años en recorrer esa misma distancia en nave espacial, pero el tren-K salta de un punto a otro en cuestión de segundos. No se puede pasar a pie por los portales, ni en coche. Los cohetes, las balas, los láseres y las ondas de radio no pueden cruzarlos. Tan solo los trenes pueden viajar por la K-Bahn. Los trenes viejos y sabios del Imperio, bellos como barracudas, sumidos en sus sueños de velocidad y distancia, corren entre mundo y mundo.

En aquellos tiempos, la mayoría de las personas viajaba de un sistema estelar a otro con la misma despreocupación con la que habrían podido ir de un distrito a otro dentro de una misma ciudad. Pero Zen era uno de los que aún sentían la magia de esos viajes. Aquella noche, como todas, pegaba la cara a la ventana y veía pasar los mundos.

*Inestallido*. Tarakat: chimeneas que eructaban vapor y satélites de gran tamaño. (El tren pasaba a toda velocidad sin detenerse.) *Inestallido*. Residencia de Verano: calles blancas sobre una bahía. El tipo de lugar en el que personas como Zen solo podrían vivir en sueños. *Inestallido*. Colmillo: gigantescos planetas de gas rodeados de anillos que

se inclinaban como el ala de un sombrero veraniego en un cielo color turquesa. En este planeta había un gran mercado. Quizá la próxima vez podría ir a robar allí, puesto que no le convenía dejarse ver antes de tiempo en Ambersai. Aunque también era posible que dejara pasar unos días antes de volver a viajar en el K-Bahn. En su ciudad, Zanja, también había mucho que afanar.

Pero sabía que no lo haría. Su hermana Myka siempre le decía que era un *railhead*, que necesitaba la K-Bahn como si fuera una droga. Zen sabía que tenía razón. No viajaba tan solo para robar. Viajaba porque necesitaba los cambios de paisaje, la negrura atronadora de los túneles y el parpadeo de los portales. Y por encima de todo, adoraba los trenes, las grandes locomotoras, todas distintas, algunas severas, otras amigables, pero impulsadas siempre por el profundo gozo que él mismo sentía al desplazarse por los raíles. Deslumbrantes transportes de pasajeros, abollados trenes de mercancías..., todo les daba igual. Por lo general, tampoco demostraban mucho interés por los pasajeros, aunque en lo más hondo eran románticas, y a menudo se oía que habían auxiliado a amantes en plena fuga, o a bellas ladronas. Y de vez en cuando un asesino subía a uno de los trenes, o un banquero que huía con los ahorros de sus clientes, y la locomotora advertía a las autoridades en la siguiente estación o enviaba a sus propias arañas de mantenimiento contra el delincuente...

Zen pensó en todo ello mientras el Expreso Interestelar pasaba por una última puerta y la larga penumbra del túnel daba paso a un cavernoso patio ferroviario. Contenedores de carga almacenados con aspecto de ciudad sin ventanas. Gélidos reflejos sobre las baldosas de cerámica. El nombre de la estación que pasaba por las ventanas. La voz amable del tren que anunciaba:

—¡Zanja! Final de línea. ¡Zanja! Cambio de tren para todos los destinos.

Al bajar al andén, vio que un par de arañas de mantenimiento correteaban sobre los techos de los vagones. ¿Habría informado el dron al tren de la presencia del muchacho antes de que salieran de Ambersai? Tal vez el tren lo delataría. Tal vez el muchacho no fuera lo bas-

tante bello, ni lo bastante romántico. Tal vez el tren se había compadecido de la joyera a la que había robado. Mientras caminaba por el andén, se imaginó que los robots multipatas saltaban sobre él. Que lo despedazaban con sus pinzas mecánicas o que simplemente lo retenían hasta que llegaba la policía local.

No hicieron ni lo uno ni lo otro. Zen se había dejado llevar por sus miedos, igual que le ocurría a su madre. «Tengo que ser precavido con eso», pensó. Sabía muy bien adónde podía conducirle un exceso de imaginación. Las arañas hacían su trabajo: comprobaban el estado de las ensambladuras, reparaban los rasguños en la pintura del tren. Mientras tanto, Zen atravesó las barreras y salió de la estación en medio de una pequeña multitud de pasajeros, seguidos por un rebaño de maletas con ruedas. Nadie parecía muy emocionado por haber tenido que bajarse en Zanja.

La ciudad donde vivía Zen era como un foso de paredes escarpadas. Las viviendas y fábricas de Zanja se amontonaban como grandes cajas en las paredes de un desfiladero de varios kilómetros de profundidad, en un planeta llamado Angkat, al que se llegaba por un único portal. Tormentas incesantes lo azotaban. El espacio escaseaba, por lo que las edificaciones se apelotonaban en todas las terrazas naturales que se podían encontrar, se aferraban a los precipicios y se apiñaban en los puentes que cruzaban el gigantesco vacío entre las paredes del desfiladero, un vacío repleto de cables flojos, anuncios de neón colgantes, niebla mezclada con humo, lluvia sucia y el giro de los rotores de los taxis aéreos, transbordadores y transportes de las grandes empresas. Entre los montones de edificios, un millar de cascadas derramaba sus aguas espumosas en el río que pasaba por el fondo y añadía su fragor al estrépito que provenía de la zona industrial. También se la conocía como Ciudad del Trueno.

Zen contaba con tan solo diez años estándar cuando se fue a vivir allí con su madre y con Myka. Antes habían vivido en Santheraki, y antes en Qalat, y ni siquiera recordaba dónde habían estado antes.

Tantos planetas... Imágenes confusas de habitaciones baratas y cielos siempre distintos. Solían marcharse a toda prisa, siempre para huir de las personas que, según su madre, los perseguían. Pero, cuando llegaron a Zanja, Myka y Zen ya habían empezado a comprender que esas personas no eran más que pesadillas que solo existían en la imaginación de su madre, igual que las «ondas de pensamiento» que la mujer veía surgir de vez en cuando de paredes y ventanas. Por eso se habían quedado allí y habían lidiado con su madre lo mejor que habían podido. Myka había encontrado trabajo en las fábricas. A Zen lo habían atraído formas más fáciles de ganar dinero.

Aunque en realidad no era tan fácil. La persecución en el Bazar de Ambersai lo había acongojado. Al salir de la estación, aún sentía el peso del collar robado que tiraba hacia abajo de uno de los costados de su abrigo. Tenía la sensación de que le traería mala suerte. Decidido a librarse de él, anduvo entre los reflejos de las luces de neón y el sonido indistinto de las cascadas hasta la calle donde el tío Bichos tenía su tienda.

No se dio cuenta de que un dron lo seguía y lo enfocaba con sus cámaras en medio de la lluvia, las salpicaduras de las cascadas y la multitud.

En realidad, el tío Bichos no era tío de nadie. No era ni siquiera humano. Era un Monje Colmena, una colonia de grandes escarabajos marrones que vivía aferrada a un armazón de forma vagamente humana. Los propios escarabajos lo habían construido con palitos y huesos de pollo. «Debe de haber millones», pensó Zen al plantarse en el pequeño despacho a oscuras de la trastienda, con el collar en la mano. Una especie de crujido surgía de debajo de su mugriento hábito de arpillera. A la sombra de la capucha había un rostro que parecía un nido de avispas del papel, como un pan de chapata con tres agujeros: dos ojos y una boca de contornos irregulares. En su oscuro interior se distinguían los cuerpos relucientes de los escarabajos que se revolvían y agitaban. La voz que emergía del agujero de la boca era el

producto de un millar de miembros con dientes de sierra que se frotaban entre sí.

—Bonita pieza, Zen. Mejor que las porquerías que sueles traerme.

Un montón de antenas largas y negras se agitaban en los agujeros de la máscara. La mayoría de los Monjes Colmena se pasaban la vida entre viajes por la K-Bahn, en peregrinajes inacabables y misteriosos. No era nada habitual que abrieran una tienda, pero al tío Bichos le iba muy bien con la suya. Regateaba igual que un humano.

—Doscientos —zumbó.

Zen habría esperado, por lo menos, otros cien, pero estaba cansado, y aquel collar ya no le gustaba. Por ello, lo dejó sobre el mostrador roñoso del tío Bichos, y una mano tosca, como una escultura de perchas cubierta de insectos, salió de debajo de la arpillera y lo agarró.

Zen salió de la tienda contando los billetes del fajo, todos con el vi-derretrato sonriente del emperador. Luego se marchó a casa con la sensación que siempre lo acompañaba al poner fin a un trabajo: como si hubiera podido volar en libertad durante un rato y tuviese que regresar a la jaula.

No se le ocurrió mirar atrás. No vio el dron que descendía bajo la luz turbia de los neones y entraba en la tienda del tío Bichos. Hubo un estallido de luz y un breve estrépito dentro del local y el dron reapareció. Se quedó fuera, suspendido en el aire, hasta que llegó una muchacha con un impermeable rojo. La chica lo miró. El dron se inclinó con los rotores y se echó a volar detrás de Zen. La muchacha lo seguía a pie.